



2015

# Andres Bello, el POEMA DE MIO CID y las ruinas originales del hispanismo

Alvaro Kaempfer  
*Gettysburg College*

Follow this and additional works at: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac>

 Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

**Share feedback about the accessibility of this item.**

---

Kaempfer, Alvaro. "Andres Bello, el POEMA DE MIO CID y las ruinas originales del hispanismo." *Revista de Critica Literaria Latinoamericana* 41.82 (2015): 21-35.

This is the publisher's version of the work. This publication appears in Gettysburg College's institutional repository by permission of the copyright owner for personal use, not for redistribution. Cupola permanent link: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac/20>

This open access article is brought to you by The Cupola: Scholarship at Gettysburg College. It has been accepted for inclusion by an authorized administrator of The Cupola. For more information, please contact [cupola@gettysburg.edu](mailto:cupola@gettysburg.edu).

---

# Andres Bello, el POEMA DE MIO CID y las ruinas originales del hispanismo

## **Abstract**

This reading of Andres Bello's edition of the POEMA DE MIO CID, focuses on the corrupted state of a manuscript conceived as a foundational masterpiece in a Hispanic philological tradition. To organize his reading, Bello embraced the task of restoring the text and guide its eventual readers, locating the poem as the beginning of a cultural journey for an extraordinary variety of participants, from different places and times, in the shape and development of a literary text. Bello discussed the presumably authorized affiliation to its language to identify and overcome the interpretative limits of a medieval piece of writing articulating a long standing critical dialogue.

## **Keywords**

Andres Bello, Latin American Literature

## **Disciplines**

Latin American Languages and Societies

ANDRÉS BELLO, EL *POEMA DE MÍO CID*  
Y LAS RUINAS ORIGINALES DEL HISPANISMO

Álvaro Kaempfer  
*Gettysburg College*

**Resumen**

Este artículo ensaya una lectura del “Prólogo” a la edición del *Poema de Mío Cid* que hiciera Andrés Bello, subrayando su reconocimiento del estado de corrupción en que se encontraba el manuscrito. Se ordena una lectura capaz de restaurar el texto y guiar el diálogo con los críticos que han trabajado sobre él, haciendo de esas ruinas, su comprensión y lectura, el punto de partida de una comunidad cultural apoyada en la lengua que traza los límites e inclusiones de sus eventuales integrantes.

*Palabras clave:* Mío Cid, filología, desastre textual, ciudadanía lingüística, castellano, latín.

**Abstract**

This reading of Andrés Bello’s “Prólogo” to his edition of *Poema de Mío Cid*, underlines his recognition of the corrupted state of the manuscript. To organize such a reading was for Bello to restore the text and guide the reader through the critical production around it, locating the poem as the beginning of a cultural journey for participants authorized by the affiliation to its language and able to recognize its limits to engage in such a critical dialogue.

*Keywords:* Mío Cid, philology, textual disaster, linguistic citizenship, Castilian, Latin.

En el “Prólogo” a su edición anotada del *Poema de Mío Cid*, en las *Obras Completas* publicadas en Chile a partir de 1881, Andrés Bello señala que “[h]ace muchos años que me ocurrió la idea de dar a luz una nueva edición del Poema del Mío Cid, publicado en Madrid el año de 1779 por don Tomás Antonio Sánchez, bibliotecario de Su Majestad” (5). Las motivaciones que tuvo para acometer la empresa, añade, fueron “el interés que esta producción de la edad media española excitó en Inglaterra y Alemania, a poco de ser conoci-

da, y sucesivamente en Francia y España” como, asimismo, “el lastimoso estado de corrupción en que se hallaba el texto de Sánchez” (5). Al mismo tiempo, continúa Bello, era imprescindible contar con una carta de navegación que permitiera recorrer el texto en diálogo con “la diversidad de opiniones sobre el mérito y antigüedad de la obra” (5). El proyecto habría buscado lidiar con un poema escrito, para unos, poco después de la muerte de su héroe y, para otros, con “el manuscrito de que se sirvió Sánchez, encontrado en un monasterio de Vivar, cerca de Burgos, y único hasta ahora encontrado” (5). En consecuencia, las tareas esbozadas por Bello en su “Prólogo” daban cuenta, con bastante precisión, de un proyecto complejo y provocador elaborado a partir del maltratado cuerpo textual de un documento fundacional de la tradición hispánica. Su lectura, concebida en la formulación de su programa como reconstrucción, como desafío filológico de reconstrucción, establecía un campo cultural cuyos límites, características y agentes no trepidaba en acotar.

Además de las “necesarias o probables correcciones” al texto publicado por Sánchez, Pedro Grases sostiene que Bello se propuso “a) manifestar el verdadero carácter de la versificación y el sistema de asonancia en la rima; b) suplir los versos faltantes; c) utilizar los recursos de las crónicas ‘para completar, enmendar e interpretar el poema’; e) exponer la teoría de que el romance octosílabo deriva, en la historia de la literatura castellana, de los versos de los cantares de gesta, y no al revés; e) incluir la vinculación del Poema, dentro de la epopeya castellana constituida por la soma de los Cantares de Gesta” (“Estudio preliminar” XXIII). De esta enorme diversidad de desafíos, identificados por Grases o explícitamente formulados por Bello, me limito a explorar aquí la afirmación hecha por éste de trabajar con las ruinas o, mejor aun, sobre los residuos de un texto perdido al que vincula la irrupción de una tradición. Las ruinas de las que habla Bello no remiten a un producto cultural erosionado por el tiempo o por su eventual olvido, sino a un texto poético y cultural socavado por su repetición. No se trata únicamente de su sistemática y prolongada reproducción oral, sino, también, de su escritura, de las adaptaciones que habría sufrido ésta en función de responder a eventuales expectativas de la audiencia que tenía. Bajo esta perspectiva, apunto a los segmentos del “Prólogo” bajo la autoría de Bello, no tanto a los que fueron redactados a partir de notas,

artículos y borradores por el editor del volumen aludido de la primera edición de sus obras completas, Baldomero Pizarro. Esos segmentos elaborados por Bello habrían tenido su redacción final en 1862 y no incluyen “los párrafos finales de la sección II y la sección IV”, del texto de 1881, por cuanto Pizarro “los copió del trabajo de Bello, *Observaciones sobre la Historia de la literatura española*, de Jorge Ticknor, de acuerdo con las indicaciones del propio Bello, puestas al margen del borrador” (Bello 3-4). Lejos de ignorar estos segmentos, sin embargo, los abordo a partir de lo escrito por Bello al prologar su trabajo, por cuanto dan cuenta de la sostenida y continua reflexión que animó su edición del *Poema de Mío Cid*.

Cabe recordar que “el punto de partida de las investigaciones cidianas de Bello”, según nos precisa Pedro Grases, fueron sus incursiones a la biblioteca de Francisco de Miranda, donde pudo acceder a “la edición de 1779, en cuatro tomos, de la Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV, compiladas por Tomás Antonio Sánchez” (“El calvario” 1160). Habría sido entonces, en lo que José Luis Salcedo-Bastardo llamara los simposios de Grafton Street, donde Bello tuvo frente a sí el texto del *Poema de Mío Cid* (60). El texto cobra materialidad para Bello al interior de una comunidad de exiliados ligados por dinámicas políticas como por el estudio de la tradición hispánica, sus orígenes, pluralidad y proyecciones políticas y culturales. De hecho, no hay indicios previos de una preocupación similar en el Bello de los años caraqueños. Grases precisa que si bien inició ese trabajo “antes de los 30 años de edad, Bello muere a los 84 años sin haber dado los retoques definitivos a su valiosísima labor de reconstrucción del Cantar y a sus disquisiciones para resolver los problemas suscitados por el Poema” (“El calvario” 1164). En tal sentido, el proyecto hurga la genealogía de un texto, y las visiones de quienes han participado en su discusión proponiendo, incluso, fechas para su datación. Esa conversación cruza tiempos y geografías; va de Tomás Antonio Sánchez a Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia, traductores castellanos de la *History of Spanish Literature* de George Ticknor, a Rafael Floranes, y en ella Bello interviene subordinando la difusa fecha de composición del poema a la certeza de concebirlo “como la primera, en el orden cronológico, de las poesías castellanas que han llegado a nosotros” (7). El texto, por tanto, hace posible imaginar la formación, contenidos y criterios de

lectura de una comunidad interpretativa ligada al debate sobre los orígenes del hispanismo.

La reconstrucción o reparaciones que se plantea Bello frente a las ruinas del texto del *Poema de Mío Cid* remite su lectura y la empresa filológica a la que va unida, a una voluntad de restauración animada por el deseo de ordenar tanto el documento en torno al cual gira una voluntad crítica como la pertinencia de las visiones que han surgido en torno suyo al interior de una mirada forjada por un debate europeo. En este contexto, la de Bello es una lectura de los orígenes o, más precisamente, de los residuos o las ruinas materiales que lo harían posible mediante un disciplinado trabajo de ordenamiento y restauración filológica. La dimensión metodológica en juego no se limita en Bello a los desafíos abiertos por el poema épico medieval hispano. Esta “voluntad disciplinaria” es la que Graciela Montaldo ve en el Bello que ordena, desde su análisis, “la realidad americana”, y que guarda relación aquí con un momento previo y en torno a la matriz de un hispanismo desde el que surge una mirada a su decurso occidental, sus rupturas, disputas, proyecciones y continuidades (25). En tal sentido, me resulta mucho más productivo encararlo bajo esta perspectiva: la voluntad de orden surge como una respuesta al desastre y a la voluntad política y cultural de articular tradiciones, imaginar orígenes y sostener proyecciones. En tal sentido, me resulta útil la interrogante abierta por Alfredo Jocelyn-Holt de ver a Bello como “un incondicional adherente al orden” que, de pronto, no sólo se halla “desprovisto de referentes tradicionales” (150). También, en un destello que atisba al pasado, Bello intuye tempranamente en Londres que el presunto origen o momento fundacional de la patria cultural con la que se identifica remite al cuerpo corrupto, al desastre textual, de su poema fundacional. Como señala Iván Jaksic, resulta claro que los primeros trabajos filológicos de Bello documentan procesos de corrupción y colapso donde Bello se plantea trazar sus líneas de integración y unidad (54). En consecuencia, parece imposible leer el *Poema de Mío Cid* de Sánchez sin ordenarlo o, mejor dicho, proponerse una lectura del texto es imponerle un orden. En tal sentido, cobra relevancia lo sostenido por Fernando Unzueta ya que “[p]ara Bello, este ‘orden’, será la clave del ‘progreso’” (234). Allí y en el contexto de una pluralidad, de co-

lapsos, tragedias y desastres, el desafío de ordenar parece una respuesta intelectual ineludible.

En ese hipotético e imaginario recorrido de retorno a los orígenes del texto, de la mano de una empresa filológica, Bello se detiene a reflexionar sobre el estado en que lo encuentra. Bello aclara en su "Prólogo" que, incluso al héroe de la historia que sostiene, "el manuscrito de Vivar no nos lo retrata con sus facciones primitivas, sino desfigurado por los juglares que lo cantaban, y por los copiantes que hicieron sin duda con ésta lo que con otras obras antiguas, acomodándola a las sucesivas variaciones de la lengua" y estas variaciones, a su juicio, habrían operado "quitando, poniendo y alterando a su antojo, hasta que vino a parar en el estado lastimoso de mutilación y degradación en que ahora lo vemos" (7). La afirmación no sólo remite al estado del poema, de la escritura del poema, sino al rostro y al cuerpo mismo del héroe que es buscado entre las ruinas de esa presumible escritura original. En su recorrido, Bello asume la búsqueda de ese héroe textualmente mutilado y fundador de una patria, de una experiencia cultural, una lengua y una tradición en la que se reconoce, sobre los fragmentos de un texto poético al que llega desde la desorientación y el desamparo del exilio londinense. En este sentido tomo aquí lo que planteara Jaime Concha, en orden a que en Bello "[p]atria fue, desde 1810 hasta alrededor de 1825, un acto vivo de creación, y no el legado inerte del nacionalismo posterior" (141). En ese contexto, el hallazgo y las reflexiones que despliega sobre el *Poema de Mío Cid* ocupa un lugar gravitante.

Cuando inicia su trabajo sobre el Cid, Bello se propone hacer el camino, la ruta filológica, de regreso al presunto original que subyace, incluso, más allá de la materialidad textual legada por Sánchez en 1779, para poder ver de frente al héroe fundacional de la épica castellana. En ese recorrido, se permite evaluar también a sus compañeros de viaje, a quienes han formulado una mirada sobre el poema. Es una trayectoria en la que se inscribe y participa de una tradición hispana, castellana, que no necesariamente podría permitirse reducir ni limitar al espacio ibérico. Sin embargo, en un contexto en el cual hurgar la época medieval era explorar, según indica Nadia Altschul, la esencia de las naciones europeas, la edición que hace Bello del *Poema de Mío Cid* recibirá el silencio oficial de la Real Academia Española cuando éste se la ofrece para una eventual publicación en

España (124). Si bien es cierto que en su lectura del poema del Cid Bello relajaba la vinculación orgánica entre héroe, texto épico y nación, la falta de respuesta por parte de la Real Academia Española sugiere también límites con relación a quienes asumían la empresa filológica ligada al estudio de textos fundacionales de la tradición nacional. Difícil creer que Bello no haya estado al tanto de esas dinámicas de inclusión y exclusión, de interlocución y silencios, sobre todo considerando su rol en la articulación de esas narrativas de afiliación cultural en América Latina, y teniendo claro que el manuscrito pasó años guardado en su escritorio sin que por ello Bello dejara de regresar a él con cierta regularidad.

Puesto a revisar el *Poema de Mío Cid*, Bello considera relativamente obvio “descubrir acá y allá vacíos, interpolaciones, transposiciones y la sustitución de unos epítetos a otros, con daño del ritmo y la rima”, lo que le permite sugerir que la distorsión del texto había ocurrido por acción directa de quienes reproducían el texto considerando las presuntas expectativas de la audiencia frente a este (7). Le parece bastante claro que “[l]as poesías destinadas al vulgo debían sufrir más que otras esta especie de bastardeo, ya en las copias, ya en la transmisión oral” (7). Todas esas concesiones al vulgo en materia de poética y actualización idiomática se pagarían caras y Bello, “[a]dmitiendo que la historia del Cid está escrita sin discernimiento”, según señala Miguel Luis Amunátegui, creía que la edición de Sánchez estaba “atestada de las hablillas con que, en todo tiempo, ha desfigurado el vulgo los hechos de los hombres ilustres” (Amunátegui 156-157). El impacto de la lengua hablada no era la única fuente de distorsión, sin embargo, ya que Bello apunta también y directamente a los copistas del manuscrito. El problema, valga reiterarlo, incluye a juglares y copistas: no se salvan la oralidad ni la escritura por cuanto ambas habrían buscado responder a las expectativas de una audiencia popular, vulgar, que conduce al “lastimoso estado de corrupción” en que el poema se encuentra. La ruta tomada por Bello no sólo asume el desastre, sino que lo toma como punto de partida para desplegar una voluntad filológica de lectura y reconstrucción crítica. La afirmación de Bello no se limita a los involucrados en la transmisión y reproducción del texto, sino que apunta, sobre todo, a las presuntas expectativas de una audiencia vulgar que habría impactado directamente la reproducción de un texto que tes-



timoniaba los orígenes de una tradición cuyo soporte textual fundacional acabó en ruinas. La empresa de reconstrucción exigía traducir esas ruinas, llenar espacios de indeterminación a partir de las regularidades de la métrica y de la lengua. Tal como sostuvo Germán Arciniegas, “[n]o se trataba de traducir textos, sino de precisar los fenómenos más complejos que determinan lo que se ha llamado el genio de las lenguas” y, corresponde reiterarlo, “los idiomas eran, para los hombres de entonces, instrumentos de emancipación” (15). La búsqueda iniciada por Bello no sólo ordena, sino que libera o flexibiliza su propia práctica intelectual a partir del ejercicio crítico frente al texto del *Poema de Mio Cid* y la trayectoria que imagina a partir de ella.

Un segundo aspecto sobre el que quiero detenerme remite a los agentes involucrados en el estudio del desastre textual con el que se encuentra Bello en Grafton Street. Se trata de la caracterización de críticos de diversas latitudes que articularon sus propias miradas a esas ruinas para poder estudiar el *Poema de Mio Cid*. Esa revisión no está tan ligada a la pregunta por la legitimidad de esas interpretaciones, sino a la pertinencia de lectores ajenos a la tradición en la que estaría inscrito el poema castellano. Esta afirmación resulta irónica cuando se recuerda que Miguel Antonio Caro, al referirse al trabajo de Bello sobre el *Poema de Mio Cid*, sostiene que “[s]obre este antiquísimo monumento de nuestra lengua emprendió Bello una obra de restauración, con la paciencia y escrupulosidad propias de un filólogo alemán que sólo a eso se dedicase” (46). Para Bello se trata de la pertinencia del análisis llevado a cabo por figuras ajenas o distantes a esa tradición, sugiriendo un territorio, una patria común articulada a partir de la lengua, y cuya tarea parecía afectada, en consecuencia, por el presunto desconocimiento que habrían tenido de las rimas, sus momentos y edades al interior de la poesía castellana, como de los niveles de autenticidad del lenguaje que las materializaba. La pertinencia, parece sugerir Bello, se adquiriría al interior de un espacio cultural definido por la lengua, y por poseer una carta de ciudadanía anclada en ella para poder habitarla, y desde allí desplegar un cierto ámbito disciplinario donde lidiar con el texto. Cabe recordar con Julio Ramos que el discurso de Bello, su enunciación, tiende regularmente a operar, a surgir “en lugares de enunciación relativamente institucionalizados” (92). Este aspecto se observa tan-

to en su propia aproximación al *Poema de Mío Cid* como, sobre todo, a las lecturas que de él se habrían llevado a cabo. Se trata de articular y legitimar una noción de espacio común, de patria, al amparo de una obsesión filológica que establecía límites, fronteras y pertinencias a partir de la poesía. Bajo esta perspectiva entiendo la afirmación de Carlos Pi Sunyer de que poesía e investigación literaria fueron “los dos campos de actividad espiritual en que Bello dejó un surco más profundo durante aquellos años” (181). En tal sentido, “[l]os críticos extranjeros que con laudable celo se han dedicado a ilustrar las antigüedades de la poesía castellana, no han tenido siempre, ni era de esperar que tuviesen, bastante discernimiento para distinguir”, para leer y matizar aquello que estaban estudiando, sostiene Bello (9). Ese *discernimiento para distinguir* al que alude Bello y que les habría sido negado a quienes eran extranjeros o extraños a la lengua, era el que permitía reconocer, por una parte, las “dos edades del romance octosílabo” y, por otra, entregaba la capacidad para “echar de ver que aun los romances viejos distaban mucho de la antigua poesía narrativa de los castellanos, cual aparece en los poemas auténticos del siglo XIII” (Bello 9). La diferencia que establece Bello guarda relación con su visión de los críticos e historiadores de la literatura castellana. Se trata sólo de una comunidad, ya la he referido con la noción de patria, a la que “la lengua asegura la *unidad de su cuerpo*”, como nos explica Cecilia Sánchez (287, énfasis de la autora). También permite la pertinencia de la crítica a sus productos culturales y a lecturas sobre residuos materiales que han acabado incluso por corromper el cuerpo del héroe épico al que se liga su despliegue. El desconocimiento que les endosa remite al término romance que Ticknor, particularmente, habría visto como sinónimo de octosílabos y que para Bello no apunta sino a todo tipo de “composiciones métricas”, asunto que, a su juicio, queda probado por “el metro de una cántiga que atribuyen a Domingo Abad, y de que se copian algunas copias, en pentasílabos aconsonantes” (9). Esta compleja y controvertida distinción resulta necesaria para poder comprender un gesto tan crítico como analítico que certifica patria, pertenencia y extranjería al interior de la lengua cuando se trata de hablar de Ticknor y de otros eruditos.

La noción de extranjería esbozada por Bello no se limita a quienes han escrito desde otra lengua, sino que afecta a los copistas cu-

yas deficiencias impactan la lectura de diversos textos poéticos medievales. En este sentido, “[l]o que ha parecido a muchos una señal equívoca de superior antigüedad en el Cid es la irregularidad del metro”; sin embargo, argumenta Bello, “en esta parte ha influido mucho la incuria de los copiantes, de que se verán notabilísimos ejemplos en la presente edición y en las notas que la acompañan” (10). Por lo tanto, cuestiona Bello, si la irregularidad del verso fuese un criterio para “calificar la antigüedad de una obra, sería preciso suponer que el Arcipreste de Hita había florecido antes que Gonzalo de Berceo” (10). En consecuencia, lo que permite demostrar aun más claramente que tal criterio es equivocado es la certeza de que las habilidades poéticas de Berceo se debían a “la instrucción del autor, y especialmente su conocimiento de la lengua latina, el cual supone ciertas nociones gramaticales” (10). El argumento busca establecer una carta de ciudadanía lingüística ligada al latín como un territorio y experiencias de contigüidad, aprendizaje y propiedad de la lengua española que no observa en otros autores y textos.

Al evaluar autores, copistas, reproductores y críticos, Bello subraya que “[c]ada generación de juglares tuvo, por decirlo así, su edición peculiar, en que no sólo el lenguaje, sino la leyenda tradicional, aparecían bajo formas nuevas” y, bajo esta perspectiva, “[e]l presente *Poema del Cid* es una de estas ediciones, y representa una de las fases sucesivas de aquella antiquísima gesta” (11). En consecuencia, “[s]i no prescindieramos de las alteraciones puramente ortográficas, del retoque de frases y palabras para ajustarlas al estado de la lengua en 1307, y de algunas otras innovaciones que no atañen ni a la sustancia de los hechos ni al carácter típico de la expresión y del estilo”, sugiere Bello, “sería menester dar al Poema una antigüedad poco superior a la del códice” (11). Aún así, concluye, “el códice, en medio de sus infidelidades, reproduce sin duda una obra que contaba ya muchos años de fecha” (11). La afirmación de Bello no tiene que ver con “la rudeza del metro comparado con el de Berceo” ni con la presunta “ancianidad de los vocablos y frases del Mío Cid” (11-12). Su visión esboza una datación del texto apoyada en una revisión, ordenamiento y contraste de los artículos, donde predominan los modernos; de los verbos, donde el presente del indicativo se asemeja a la forma moderna; y otras formas, como el imperfecto y el infinitivo, similares a los de Berceo, reminiscencias de las conjugaciones

latinas, las terminadas en *aro* y *ero*, como en *fuero* o *portuero* (Bello 13-14). Las observaciones de Bello ligan la presunta antigüedad de ciertos verbos por su proximidad con el latín y con los sonidos de otras lenguas romances. Aún así, no pierde de vista el aspecto social y cultural en relación con el cual, arma su lectura.

Bello sostiene que algunos de los fenómenos observados “no siempre son concluyentes, influyendo en ellos la cultura del autor y el género de la composición, que destinada a cantos populares”, subraya una vez más, “no podía menos de adaptarse a la general ignorancia y barbarie de los oyentes, en aquella tenebrosa época en que empezaron a desenvolverse los idiomas modernos” (17). Además, “la más o menos cercanía de los vocablos a sus orígenes latinos proviene, en parte, no tanto de la edad del escritor, como de su dialecto provincial”, lo que le permite a Bello anotar “como hecho incontestable que la degeneración del latín fue más o menos rápida, y los vocablos mismos más o menos modificados en los diferentes reinos o provincias de la Península” (17). La inestabilidad del texto con el que trabaja complejiza su eventual datación y sitúa las observaciones de Bello sobre su composición al interior de un proceso que integra diferentes momentos, audiencias y reproducciones, influencias incluso, de recomposición y lectura, para mantenerlo vivo mediante su puesta en escena. En tal sentido, la construcción filológica que lleva a cabo, de “análisis de los indicios sugeridos por las formas materiales”, como precisa el mismo Bello, va indisolublemente unida a la exploración histórica de los eventos tratados por el poema (17). A partir de esta relación entre la composición del texto y el relato historiográfico desde la que se articula su historia es que Bello despliega una tentativa unificadora capaz de dar cuenta y establecer un horizonte de lectura en relación con el cual lidiar con el desastre textual del poema.

Al establecer esta relación, Bello sugiere que “[a]tendiendo a las formas materiales de los vocablos, creo que la composición del Mío Cid puede referirse a la primera mitad del siglo XIII, aunque con más inmediatez a la primera mitad del año 1200 de la era vulgar que al año 1250” (17). Sin embargo, lo más relevante para Bello al respecto es que “[l]as fábulas y errores históricos de que abunda, denuncian el transcurso de un siglo, cuando menos, entre la existencia del héroe y la del Poema” (17). Al reiterar su juicio sobre la au-

diencia popular, Bello insiste en que, “[l]a epopeya de los siglos XII y XIII era en España una historia en verso, escrita sin discernimiento y atestada de las habillitas con que, en todo tiempo, ha desfigurado el vulgo los hechos de los hombres ilustres, y mucho más en épocas de general rudeza” (17). Aun así, “era recibida por la gente que la oía cantar (pues lectores había poquísimos fuera de los claustros), como una relación sustancialmente verdadera de la vida o las principales aventuras de un personaje” (Bello 17-18). La presunta frontera entre la ficción y la realidad estaba simplemente anulada por el peso de una memoria histórica sobre la que operaba la reproducción oral del poema. Es lo que llevó a Emir Rodríguez Monegal a decir que Bello buscó “en las crónicas coetáneas del *Poema* los rastros de su historicidad y las necesarias iluminaciones filológicas” (55-56). Sin embargo, sostiene Bello, “las tradiciones fabulosas no nacen ni se acreditan de golpe, mayormente”, y agrega, “aquellas que suponen una entera ignorancia de la historia auténtica, y que se oponen a ella en cosas que no pudieron ocultarse a los contemporáneos o a sus inmediatos descendientes” (18). El tratamiento, precisamente, de una de esas situaciones es la que nos permite apuntar a este énfasis que en la lectura de Bello sugiere una temprana y manejada diferenciación entre historia y ficción.

La capacidad de la ficción de imponerse a la reconstrucción estética y popular de un evento histórico guarda relación con la textura de los acontecimientos hilvanados por el poema. En tal sentido, el suceso más inverosímil en el texto del Mío Cid, sostiene Bello, se refiere a “la fábula del casamiento de las hijas de Ruy Díaz con los Infantes de Carrión, y todo lo que de allí se siguió hasta su matrimonio con los infantes de Aragón y de Navarra” (18). Queda claro en cada uno de esos episodios, afirma Bello, que “el autor del *Poema* ignoró la alta calidad de doña Jimena, la esposa del héroe, y los verdaderos nombres y enlaces de sus hijas. Sus infantes de Carrión son tan apócrifos como los de Lara, de no menor celebridad romanesca” (18). De este modo, que se hayan exagerado las hazañas del héroe resultaba aceptable para la factura genérica del texto; pero, que se haya ignorado el lugar, función y genealogía de los vínculos maritales de su esposa e hijas resulta no sólo inverosímil, sino simplemente falso. Es inverosímil, sobre todo, cuando uno de los nietos del Cid “ocupaba el trono de Navarra, y una biznieta estaba ca-

sada con el heredero de Castilla; cuando aun vivían acaso algunos de sus compañeros de armas”, continúa Bello, que “se ignorase en Castilla haber sido su esposa una señora que tenía estrechas relaciones de sangre con la familia reinante, y haber casado la menor de sus hijas, no con un infante aragonés imaginario, sino con un conde soberano de Barcelona, que finó treinta y dos años después de su suegro” (18). Sin embargo, la ficción ingresa al texto precisamente como uno de los mecanismos que buscan subsanar la caótica construcción del poema para su difusión oral y popular y, sin embargo, no haría sino acentuar el desastre.

Tras estas observaciones, queda clara otra fisura sobre la que su proyecto filológico busca trabajar. De este modo, la lectura y la recomposición del texto, promete Bello, le permitirán mediante el trabajo de notas, separar “lo histórico de lo fabuloso en las tradiciones populares relativas al Cid campeador, y refutar al mismo tiempo los argumentos de aquellos que, echando por el rumbo contrario, no encuentran nada que merezca confianza en cuanto se ha escrito de Ruy Díaz, y hasta dudan que haya existido jamás” (19). Para tal efecto, apunta al “juicio sugerido por el cotejo de los hechos narrados en el Poema con la verdadera historia”, lo que no sólo se hace apelando a la secuencia de hechos rastreables en la península, sino al impacto de lo que llama “la secta y dinastía de los Almohades”, musulmanes bereberes del norte de África, lo que hoy es Marruecos, quienes surgieron “muy entrado el siglo XII” y no habrían tenido injerencia en España sino “hasta mediados del mismo siglo” (Bello 19). Al respecto, apunta a una alusión fugaz que, en el verso 1201 del Mío Cid, alude al *rey de los Montes Claros*, postulando desde allí la imposible contemporaneidad del Cid con figuras de este grupo que, por otro lado, bien pudieron ser conocidos por el autor del texto, pero no por la figura a la que alude. El juicio deja claro otro de los mecanismos del comparatismo sostenido por Bello como criterio de lectura filológica: el contraste entre historia y ficción. Es parte de los argumentos que no se limitan a considerar a *Pero Abat* como un copista, sino que refuerzan la opción de endosarle la autoría del texto aunque, frente a esto, por cierto, Bello admite que no tiene ni siquiera conjeturas.

A pesar de la variedad de argumentos, Bello insiste en la que constituye su visión del texto y de los criterios de lectura para esta-

blecer su datación e impacto. Al respecto, hay un desplazamiento importante de la labor filológica de restauración crítica de Bello sobre el texto cuando asegura que “[n]o se debe deducir de los versos citados la verdadera edad de la composición según los datos de la historia auténtica, sino según las erradas nociones históricas del poeta, cualesquiera que fuesen” (21). El detalle no es menor ya que la reconstrucción filológica no puede sino articularse a partir de una perspectiva histórica que no puede más que insistir en que se trabaja sobre el texto fundacional de una tradición cultural, poética e histórica. Para Bello, “[s]i el poeta creyó que la descendencia del Cid se había enlazado con la dinastía de Aragón desde el siglo undécimo, por el supuesto matrimonio de una de las hijas del Cid con un infante aragonés, claro está que la data verdadera del enlace de las dos familias no puede servir para fijar el tiempo en que se escribió el Poema” (21). Anulada tal opción y medido su impacto sobre otros posibles aspectos del texto, cabría reiterar que “es preciso que entre ellos [los sucesos] y la muerte del Cid haya transcurrido bastante tiempo para que tantos hechos exagerados o falsos pasasen por moneda corriente” (Bello 21). Es lo que lleva a Bello a sospechar, finalmente, que la composición del Poema debió haberse producido mucho después de 1200, “atendiendo a las fábulas que en él se introducen, las cuales están, por decirlo así, a la mitad del camino entre la verdad histórica y las abultadas ficciones de la *Crónica General* y de la *Crónica del Cid*, que se compusieron más adelante” (22). Lejos de Sismondi, Bouterwek y Southey, Bello resalta que no cree que se trate de “una crónica auténtica y casi contemporánea, damos por eso mismo más mérito a la intención poética y a la imaginación del *trover castellano*” (24). El rol fundacional de la poesía como evento creativo cobra un lugar central en la visión de Bello, estableciendo además un criterio estético para la lectura coherente del desastre textual que ha llegado en la forma de *Poema de Mío Cid*.

La creatividad que pone en juego Bello al leer el poema, la que reconoce, asimismo, en su hechura, queda graficada por su afirmación de que en el cotejo de la *Crónica del Cid* y el *Poema de Mío Cid*, “el estudio del lenguaje en ellas y en otras antiguas, y la atención al contexto me han llevado, como por la mano, a la verdadera lección e interpretación de muchos pasajes” (29). Se trataría de una licencia estética, crítica y creativa sobre la que tiene clara noción en su traba-

jo. En tal sentido, se excusa por si se lo acusara “de haber dado demasiada libertad a la pluma, dejándola correr a materias que no tienen conexión inmediata con la obra de que soy editor; pero todas la tienen con el nacimiento y progreso de una bella porción de la literatura moderna, entre cuyos primeros ensayos figura el *Poema del Cid*” (31). A fin de cuentas, esa licencia no puede sino incluirse en la larga lista de reproductores del poema y contribuir a su mutación, atendiendo a su eventual audiencia y sus propias habilidades. El orden que se plantea se articula a una nueva posibilidad de lectura sobre un texto corrompido por la historia de sus reproducciones, interpretaciones y representaciones. El sello final, con el cual justifica su empresa, claramente expresado en el texto introductorio a su edición del *Poema de Mío Cid*, devela asimismo esa audiencia. Allí, sostiene que ha seguido o se ha visto favorecido por “el ejemplo de los eruditos de todas naciones que en estos últimos tiempos se han dedicado a ilustrar los antiguos monumentos de su literatura patria, y disculpará en parte mis desaciertos la oscuridad de algunos de los puntos que he tocado” (Bello 31). La empresa filológica y la voluntad de restauración no pueden contener el legado de trovadores y copistas, sino que no puede evitar integrarse a ella, y asumir su propia lectura correctora como una opción desplegada sobre el desastre textual legado por Sánchez.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Altschul, Nadia. *Geographies of Philological Knowledge. Postcoloniality and the Transatlantic National Epic*. Chicago/London: The U of Chicago P, 2012.
- Amunátegui, Miguel Luis. *Vida de Don Andrés Bello*. Santiago de Chile: Pedro Ramírez, 1882.
- Arciniegas, Germán. *El pensamiento vivo de Andrés Bello*. Buenos Aires: Losada, 1946.
- Bello, Andrés. *Obras completas de Andrés Bello*. Volumen VII. Caracas: Fundación Casa de Bello, 1986. 2ª. ed.
- Caro, Miguel Antonio. *Escritos sobre Andrés Bello*. Bogotá: Instituto Caro y Cervo, 1981.
- Concha, Jaime. “Bello y su gestión superestructural en Chile”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 22, 43-44 (1996): 139-161.
- Grases, Pedro. “Estudio preliminar.” En *Obras Completas de Andrés Bello*. Vol. VII. Caracas: La Casa de Bello, 1986. XIII-CL. 2ª. ed.



- . “El calvario de los estudios de Andrés Bello sobre el *Poema del Cid*”. *NRFH* XXXVI-2 (1988): 1159-1181.
- Jaksic, Iván. Andrés Bello. *Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America*. Cambridge and New York: Cambridge UP, 2001.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. “La idea de orden en Andrés Bello”. En *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*. Beatriz González-Stephan y Juan Poblete, eds. Pittsburgh: IILI, 2009. 143-172.
- Montaldo, Graciela. “Humanismo, biopolítica y poesía: masas hispanoamericanas y revolución”. En *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*. Beatriz González-Stephan y Juan Poblete, eds. Pittsburgh: IILI, 2009. 21-43.
- Pi Sunyer, Carlos. “Estudios bellistas”. *Patriotas americanos en Londres (Miranda, Bello y otras figuras)*. Pedro Grasses, ed. Caracas: Monte Avila, 1978. 173-228.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* [1989]. Caracas: El Perro y la Rana, 2009.
- Rodríguez Monegal, Emir. *El otro Andrés Bello*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.
- Salcedo-Bastardo, José Luis. “Bello and the ‘Symposiums’ of Grafton Street”. *Andrés Bello. The London Years*. John Lynch, ed. Richmond: The Richmond Publishing Co, 1982. 57-65.
- Sánchez, Cecilia. “Andrés Bello, Simón Rodríguez y Félix Varela: rediseñadores modernos del cuerpo de la lengua materna”. *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*. Beatriz González-Stephan y Juan Poblete, eds. Pittsburgh: IILI, 2009. 275-296.
- Unzueta, Fernando. “Bello, la nueva conciencia histórica y los discursos poscoloniales”. *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*. Beatriz González-Stephan y Juan Poblete, eds. Pittsburgh: IILI, 2009. 219-243.